

**LEANDRO VESCO**

# **DESCONOCIDA BUENOS AIRES**

**SECRETOS DE UNA PROVINCIA**

PRÓLOGO DE  
**MARIO  
MARKIC**

2ª EDICIÓN  
ACTUALIZADA.  
INCLUYE MAPAS





**Es momento de reencontrarnos con la calma.  
Es hora de deleitarnos con las comidas de campo.  
Es tiempo de conocer los secretos mágicos de esta  
desconocida Buenos Aires.**


En esta primera entrega de *Desconocida Buenos Aires*, **Leandro Vesco** nos presenta historias repletas de sabores puros y aromas olvidados. Nos señala la ruta de los mejores aperitivos y nos alienta a disfrutarlos con la tranquilidad que solo habita en estas tierras.

El viaje a lo desconocido incluye bellas playas solitarias, rincones que nos regalan silencios y cálidas rutas de encanto. Una invitación imperdible para dejarnos llevar por los mapas de esta provincia secreta y asombrosa.

** Editorial El Ateneo**

 [www.editorialelateneo.com.ar](http://www.editorialelateneo.com.ar)

 [/editorialelateneo](https://www.facebook.com/editorialelateneo)

 [@editorialelateneo](https://twitter.com/editorialelateneo)





[www.editorialelateneo.com.ar](http://www.editorialelateneo.com.ar)



[/editorialelateneo](https://www.facebook.com/editorialelateneo)



[@editorialelateneo](https://www.instagram.com/editorialelateneo)

**DESCONOCIDA**  
**BUENOS AIRES**  
**SECRETOS DE UNA PROVINCIA**



**LEANDRO VESCO**

---

**DESCONOCIDA**  
**BUENOS AIRES**

---

**SECRETOS DE UNA PROVINCIA**

 *Editorial El Ateneo*





*A Soledad, mi lugar en el mundo.  
A Salvador y Galo, todos estos caminos son para ustedes.  
A Mario Markic, por ser un viajero generoso.*

## PRÓLOGO

Si hay una región del país que necesitaba ser contada, es la provincia de Buenos Aires. Pero no los suburbios hacinados que abrazan a la Capital Federal, ni sus grandes ciudades, como Mar del Plata y Tandil.

Leandro Vesco esquivó la tentación de escribir sobre ellos y, en cambio, y por suerte, les puso música a los pueblos perdidos de la pampa infinita. Él es un periodista curioso y un viajero empedernido, con algo de psicólogo, de historiador y de analista social.

Por eso, sus relatos se adentran en esas historias humanas muy variadas, pero con un denominador común: interesantes, atractivas, que dan cuenta de pequeñas epopeyas, de batallas desiguales, angustias, soledades, pero también de hermosos raptos de felicidad. Nos hablan de pueblos que mueren y resucitan.

Vesco tiene una prosa elegante para relatar historias de calidad humana. En este libro necesario y entretenido, prueba que es un observador minucioso; habituado a escuchar, entiende y comprende el lenguaje codificado de sus personajes. En la pampa, se aloja en hoteles ruteros “a la criolla” y se anima, con entusiasmo de gourmet, a los impagables estofados de las antiguas pulperías, muchas reconvertidas en negocio turístico, pero sin bajar ninguna de las banderas de la antigua tradición. Acodado en sus mesas de madera, escudriña cómo discurre la vida en las aldeas mínimas.

De alguna manera, parece haber seguido el rastro de la histórica zanja de Alsina: muchas de sus historias se localizan allí, en la difusa frontera entre Buenos Aires y La Pampa, en parajes solitarios donde todavía se menta a malones y fortines, todavía se da la mano para cerrar un trato, y donde todos sueñan con el regreso del tren. En el pasado, las redes familiares y comerciales se fortalecieron con las vías, la mayoría de ellas ahora tapadas por la maleza.

Es tan rico y variopinto el material de esta obra, que conviven los últimos sobrevivientes de ciertos pueblos, con jóvenes cruzados que se animan a “resetear” su vida en sitios impensados, y con fantasmas que parecen reales.

“Walter se alegra de verme. Nadie ha venido a visitar el pueblo en años”, escribe Leandro. En su peregrinar por caminos polvorientos, esos que quedaron al margen de la ruta troncal, descubre al único habitante de Quiñihual; otro personaje es un pulpero, pero fue el último custodio de Perón y su confidente a la hora de la muerte; el mínimo poblado de Espartillar esconde espectaculares

campos de trufas negras, un plato de reyes que en Europa se paga dos mil euros el kilo. En Cura Malal habla con el gaucho que compartió malabares de circo con Norman Briski, y en Rivera, con el mago de los asados, que se autodefine como “el hombre más feliz de la Argentina”.

Vesco habla en clave sociológica: vivisecciona hombres, historias, hábitats y finalmente celebra, en esos caseríos condenados por la ausencia del tren, la resistencia de los vecinos. La pluma es ágil; las descripciones, certeras; los diálogos, a tono con los modos de la gente de campo que habla poco y dice mucho: “Aquí vivimos en la línea de frontera”, se ufana el almacenero del paraje Dos Naciones, y nuestro narrador remata: “Las sombras se alargan y el almacén enciende más luces. Es un faro, rodeado de pastos, polvo y alambrado”.

En la tradición de periodistas viajeros como Lobodón Garra, Roberto Payró o Rodolfo Walsh, invita al lector a completar el cuadro que surge de su minuciosa exploración: en boca de sus criaturas está el antes, por lo general, idealizado, y el después, lleno de ausencias y olvidos, en una emocionante batalla contra la muerte.

Leandro Vesco tiene la virtud de transformar una historia ordinaria en un hecho extraordinario. Nos cuenta acerca de la auténtica encarnación de Martín Fierro, de un peluquero de la colonia judía de Rivera o del soldado de Malvinas que encontró el sentido de su vida muchos años después de la guerra, siguiendo la dirección de una carta que le escribió una niña, con quien han llegado a ser entrañables amigos en aquel pueblito.

Hay también un rescate culinario que da cuenta del proceso del queso en Sierra de la Ventana, investiga el bar de Vela donde Osvaldo Soriano imaginó sus novelas más celebradas, se regodea con la comida alemana en Coronel Suárez y recupera aromas que se filtran desde la cocina de los bares, de los almacenes, de las pulperías: todas las formas de la cocina casera lo remontan hacia otro tiempo con menos envase y más contenido.

Su libro puede leerse de la forma que uno quiera; el resultado será siempre grato y enriquecedor. Algunos lectores seguirán sus pasos, con un derrotero libre: hoy en los médanos vivos de Villarino y mañana escuchando al viejo sabio Zacarías Silvera, hombre que supo darle consejos a Leonardo Favio para entonar mejor sus canciones y que comió en La Rural a la mesa de Charles De Gaulle; un día descubriendo los hitos de la cocina criolla, otro asombrándose con los solitarios torreros que prenden y apagan la luz de los faros perdidos en la costa atlántica: “No todos los faros son iguales. Sus guiños a lo profundo del mar son personales de cada uno”. Así, buscando el fin del arcoíris, aparece La

Chiquita, una playa solitaria a la que se llega después de traquetear unos 70 kilómetros de ripio, con cuatro habitantes estables. “Como en la luna, hay pocas huellas humanas”.

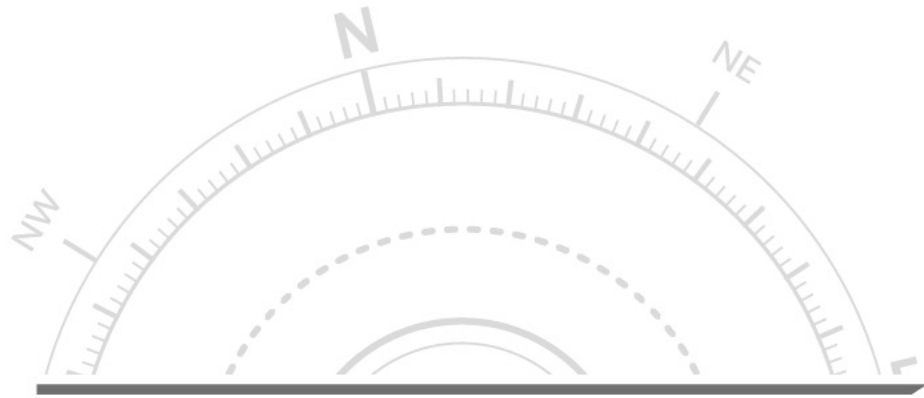
Este primer libro de Vesco –al que le seguirán otros, sin dudas– abunda en personajes excéntricos y en sitios que parecen salidos de la ficción literaria.

Punta Desnudez es una aldea marítima romántica, pero Isla Soledad (en plena pampa) homenajea a las irredentas islas australes. Y Lo de Lámaro es el legendario almacén de Pardo, el pequeño pueblo donde se juntaban Borges y Bioy Casares para contarse sus confidencias botella de caña de por medio.

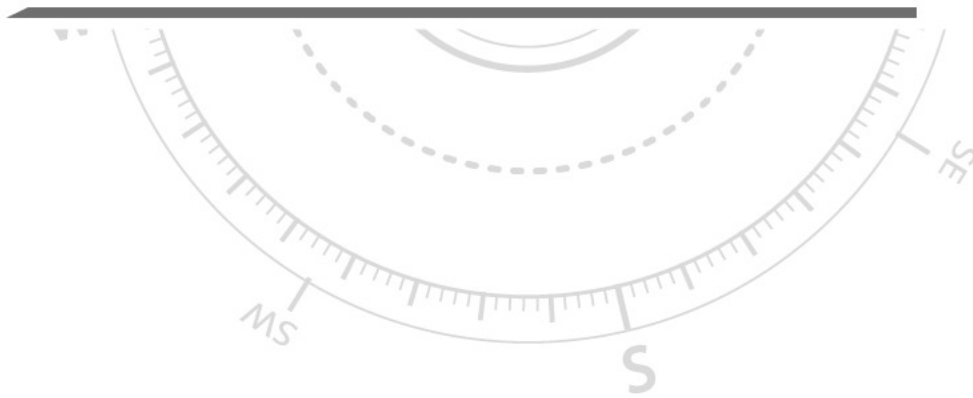
Pueblos donde llegan las cartas, donde lo digital pierde todavía la batalla frente a la tinta, almacenes donde aún se anotan las deudas en libretas mensuales...

Bienvenido Leandro Vesco, que viene a rescatarnos toda esa magia oculta en este libro emotivo e inolvidable.

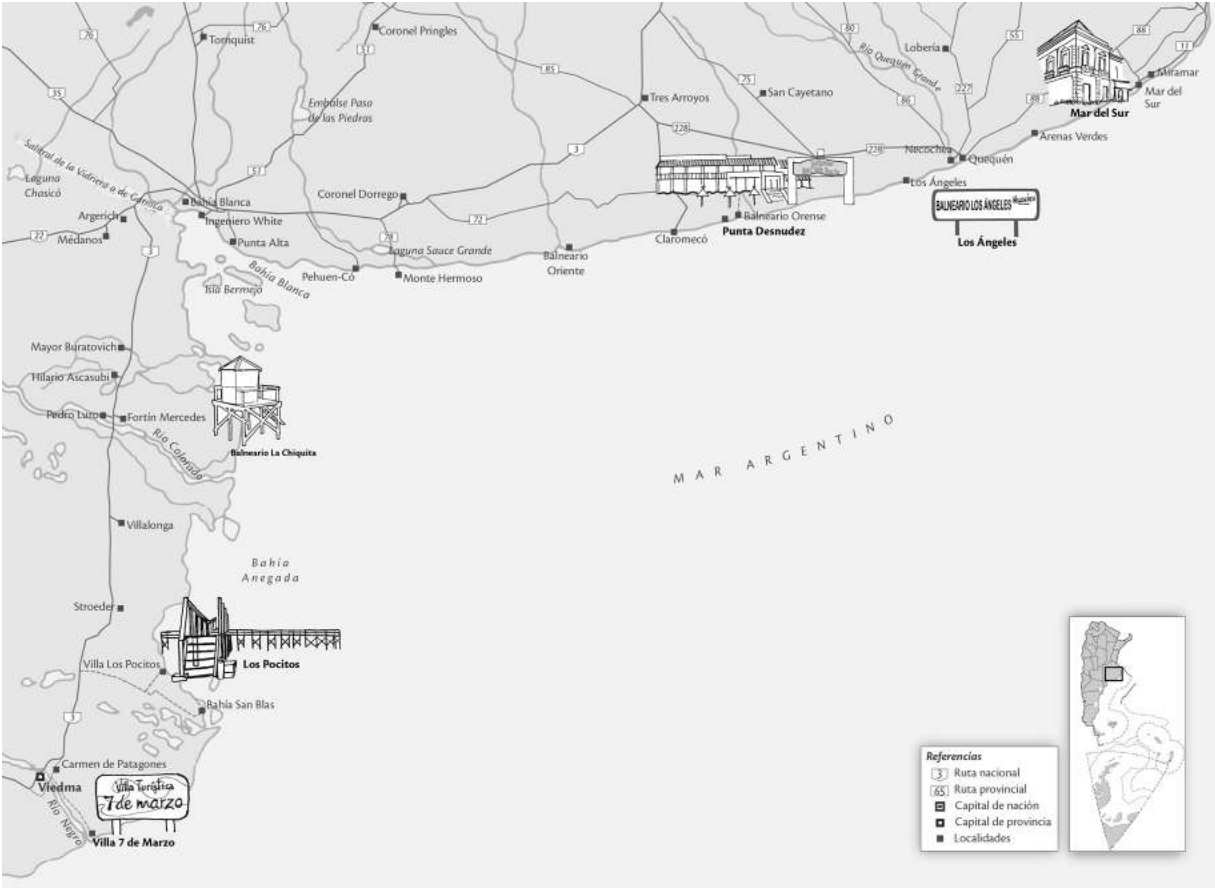
*MARIO MARKIC*



# LA RUTA DE LAS PLAYAS SOLITARIAS







## **LA CHIQUITA, LA PLAYA MÁS SOLITARIA DE BUENOS AIRES**

Pocos llegan aquí, y los que lo hacen, es por recomendación, siguiendo las indicaciones en un papel o simplemente, atraídos por descubrir el corazón al desnudo del mar Argentino. Cuesta abarcar tanta inmensidad, tanto cielo. La Chiquita es la playa más bella, silenciosa y solitaria del litoral marino bonaerense. Su encanto se difunde de boca en boca y algunos soñadores han tenido la visión y se han hecho algunas casas en este paraíso patagónico donde la presencia humana es escasa y la magia natural domina.

Un pequeño caserío recostado en los médanos advierte la presencia del pueblo, por llamarlo de alguna manera. Son pocos los que se les han animado al viento y la soledad. La Chiquita, que es un suspiro alentador para la visión, está en el partido de Villarino, en el km 780 de la mítica ruta nacional 3, que conecta el país de norte a sur, siguiendo una serpenteante huella de 70 kilómetros, se llega a este edén de finas arenas y mansos médanos alfombrados con suculentas que florecen con mil colores. El camino atraviesa el llano, que termina en las cristalinas aguas del mar Argentino; se trata de un espacio agreste donde es común la presencia de animales salvajes. Como en la luna, hay pocas huellas humanas en estos médanos.

¿Cómo traducir en palabras la imagen de estas solitarias playas, la experiencia de caminar acompañados por tímidos cangrejos que nos siguen en lenta procesión, o describir el nacimiento de la luna mientras en el otro extremo de la playa está cayendo, fascinante, el sol? La Chiquita es un desafío para los sentidos, que deben reconsiderar las sensaciones y buscar nuevas maneras de expresar sentimientos. El embrujo del mar impacta y se recuesta en la calma de las olas, que llegan mansas a la orilla. En suave desnivel, la playa es un refugio para recuperar fuerzas y aislarse del mundo. La naturaleza, cuando creó este lugar, se tomó algo más de tiempo. El color del cielo, la temperatura del agua, los aromas marítimos, se acomodan en una postal idílica que se puede disfrutar caminando hasta donde nace el horizonte. Por la noche, la promisoría luz de un faro alimenta el misterio y las historias. “En un comienzo venía a pescar, cuando no había nada”, me cuenta Alcides Stach, quien, junto con Carina Rabanedo, sintieron el llamado del mar. Decidieron hacer su casa, un refugio para poder abrazar el sueño de vivir dentro de este enigma de ser partícipes de la creación de un poblado en el silencio. Tardaron un año en hacer



la vivienda, que ofrecen como hospedaje para que otros puedan disfrutar de este solar. La construcción no fue fácil, hubo que buscar el agua a 20 kilómetros, en un canal. “Ser pioneros es algo que vivimos naturalmente, estamos formando un pueblo, es lindo”, resume Alcides.

La Chiquita es un pueblo mínimo en formación, por año tiene cuatro o cinco habitantes estables que han negociado con Neptuno y viven de lo que el mar ofrece. En el verano, jamás hay mucha gente y se puede disfrutar de una soledad inusual para una playa perfecta. Hay una proveeduría que vende lo básico para vivir en un lugar donde se necesita poco y nada. Una sociedad de fomento trabaja para que la pequeña aldea tenga lo justo y necesario para que nada falte: “El camino está bueno, logramos que el viernes, sábado y domingo haya ambulancia, enfermera, servicio de guardavidas, y presencia policial”, comenta Carina. La gracia de lugares así es que visitarlos implica dejar de lado las comodidades, incluso las básicas, para sentir el espíritu de la aventura y entregarse a una sensación que va desapareciendo: la imprevisibilidad. Lo que pase, lo deberemos solucionar con nuestras propias manos.

La Chiquita nació en 1980, cuando un grupo de hombres y mujeres querían una salida al mar para Villarino, un distrito que por razones incomprensibles no la tenía. El mar para el ser argentino es un enigma: a veces hay pueblos que lo tienen a pocos kilómetros pero carecen de una huella para llegar hasta él. Parece que el horizonte pampeano nos tirara de un lazo fuerte. Este grupo, con mucho esfuerzo, instancias judiciales, y gestiones de todo tipo, logró tener 129 hectáreas que lotearon para tener fondos y poder abrir el camino y darle forma al sueño de ver el mar. Pasaron los años y poco a poco la comarca marítima se bocetó. Beto, quien es hijo de uno de esos pioneros vive todo el año aquí. “Acá soy feliz, estoy solo, y me gusta”, me cuenta mientras pierde su vista en uno de esos médanos que contiene a las casas del viento del mar del sur. Él y su padre viven en La Chiquita, representan la mitad de la población que abandonó la humanidad y se refugió en este mundo donde el encendido de la luz del faro El Rincón, en la próxima península Verde, es la única rutina permitida. Ese faro ilumina a estos náufragos terrestres.

Aún son pocas las casas que tienen luz eléctrica. Como se trata de un pueblo que todavía está en su cascarón, todo se debe racionalizar o haber sido previsto antes de llegar. La telefonía móvil, felizmente, no ha hecho su aparición aquí, la separación con el mundo actual es total. “Es un lugar agreste, difícil, es paz, serenidad, tiene encanto propio, se disfruta el silencio acompañado con la naturaleza”, resume Carina. “Acá no me suena el teléfono, tomamos mates a la

tardecita mirando el mar”, afirma Alcides, con la voz serena del que sabe que está en su lugar en el mundo. En La Chiquita, la soledad se comparte.



Más al sur, a un kilómetro de Pedro Luro está el Hotel Descanso Ceferiniano. “Fue construido hace décadas para albergar a peregrinos y fieles que visitaban el lugar, muchos de ellos siguiendo las huellas del beato Ceferino Namuncurá, cuyos restos descansaron aquí por más de 85 años”, cuenta Noelia Sensini, guía de turismo, quien trabaja en el hotel. Aún se conservan muchos de los vestigios que significó su descanso aquí, como una de sus vértebras exhibidas en una cripta instalada en un altar dentro del majestuoso templo de estilo románico. Las habitaciones son muy cómodas. La fe y su consagrada compañía, claves en este destino único. Desde aquí se pueden conocer el Santuario, la gruta de Lourdes, el Fortín Mercedes y el Museo Padre Vecchi. Un plus: la costa solitaria del río Colorado. Un camping argumenta la posibilidad de ser feliz con muy poco. Las playas son vírgenes y el agua del río, que nace en la cordillera de los Andes, baja limpia y fresca. + **info:** ruta nacional 3, km 808, @hoteldescansoceferiniano



Infaltable para completar un picnic, para acompañar la aventura o para pensar cualquier comida viajera al costado de la ruta. Propia de la zona. Una panadería de Hilario Ascasubi la hace de la manera más tradicional. Imposible pasar por el pueblo sin llevarse un kilo. La panadería La Primera se inauguró en 1947 y fue la primera del pueblo, hoy es atendida por la familia Stach Rabanedo. El corazón de Ascasubi late en su horno. + **info:** panadería La Primera, Ingeniero Urgoiti y San Martín.

## **LOS ÁNGELES, RESERVA NATURAL DE LA HUMANIDAD**

Uno viaja a Los Ángeles para no poder olvidarlo jamás: el hechizo es simple –muy poderoso– y dura hasta regresar. Aislado entre la pampa y los médanos, es para la mirada sensible una reserva natural de senderos solitarios y atardeceres íntimos con toda la paleta de colores del cielo cayendo en el horizonte, donde se desarrollan historias increíbles y caminatas apacibles. Está habitado por hombres y mujeres que ofrecen su vida al mar y a mantener intacta esta pequeña aldea marina, donde las liebres saltan caprichosas entre las dunas, los pescadores artesanales negocian con las mareas y las vacas tienen la posibilidad de pastar mirando las olas. Es difícil llegar a Los Ángeles, el camino de tierra suele anegarse cuando hay lluvia. A 30 kilómetros de Necochea, el resplandor de esta ciudad-balneario se divisa a la noche; si no fuera por esto, se podría asegurar que aquí se está en otro mundo. Son veinte los habitantes estables que permanecen durante todo el año; el pueblo aún está en gestación. No hay calles, solo senderos que siguen el dibujo de los médanos. A nadie le interesa que esto se desarrolle, conserva aún ese espíritu de que cada pequeña cosa que se haga es pionera. Protegida entre altos médanos, está la Escuela N.º 29 Antártida Argentina, a la que asisten menos de diez alumnos. Hay más liebres que seres humanos en Los Ángeles; van y vienen por las huellas, a veces perseguidas por los perros, acortando grandes distancias en pocos segundos. El mar, el inmenso y magno mar, se oye en todo momento y es el centro de la vida y las charlas. Se nos dirá que todos los días el mar dice algo diferente, todos los días la marea traerá algo a la costa y que cuando las olas están cruzadas no se puede navegar. El Vasco Oscar Zapiain es uno de los primeros pobladores que llegaron a Los Ángeles cuando ni siquiera había huellas ni casas; con su padre se hicieron cargo de la pulpería que hoy es el punto de encuentro de los que viven aquí y de aquellos que, buscando el Médano Blanco (a unos kilómetros), se pierden por los caminos y encuentran reparo en el techo y la amable atención de este hombre que ha hecho todo con sus propias manos. A lo largo de su vida, ha abierto caminos y levantado casas, y todavía atiende todos los días la pulpería olorosa a sal.

El pueblo tiene varias particularidades que abonan la imagen de estar dentro de una situación pictórica: la pulpería del Vasco está en la entrada al balneario, en una esquina ocupada por su casa, un hospedaje y una plantación de cañas.

A un costado se puede ver el campo, y enfrente, un camino que termina en los médanos, y estos, en el mar. Campo y mar conviven; el olor dulzón de la bosta y del rocío se une con el aroma encantador de la sal y los pescados. Las playas en esta región de la provincia se destacan por su extensión. El litoral marino es virgen aquí y la pequeña bahía donde se ubica este pueblo retiene el mar con olas suaves para que pueda ser disfrutado, pero suele haber mar de fondo y hay muchas historias de nadadores que se han perdido en alta mar. Solo hay una calle en Los Ángeles que la atraviesa toda: en un extremo está la pulpería y en el otro un bosque que lleva a la Cueva del Tigre y a un parador que es atendido por Pablo, el hijo del Vasco. Se trata de una pulpería marina, ya que está frente a la costa. Pablo, como su padre, es un hombre de pocas palabras; el mar y la soledad han templado una personalidad serena y curiosa. Colecciona restos fósiles que halla entre los arroyos de la zona, y se detiene en sus caminatas a observar la fauna del lugar. Los carpinchos lo siguen y tiene un don: es un gran dibujante; retratos de Nostradamus y de caballos se pueden ver en la pulpería. Forastero es su fiel perro, que le hace compañía frente al mar. Su mirada se pierde en ese ondulante manto azul con corderitos blancos que salpican agua. “Todos los años aparece una ballena en el mismo lugar”, señala un punto en la bahía. En su derrotero hacia la Patagonia, estos cetáceos pasan por Los Ángeles.

Siendo la naturaleza el principal atractivo de este solitario asentamiento, los seres humanos que caminan por sus desolados senderos, ensimismados en pensamientos muy profundos, completan este hábitat entretenido, donde mar y cielo se confunden en un horizonte vital. El Vasco llegó a Los Ángeles en 1972, acompañado de su padre, y tuvieron una visión: atender la pulpería de este lugar vacío de presencia humana. Ambos vivían en Necochea y se asentaron aquí. Como buen vasco, el trabajo fue su principal herramienta. Necesitó una pala, carretilla, martillo y algunos ladrillos y cemento. Con esto hizo todo lo que tiene. Gladys, también vasca, se casó con él y atiende el boliche. Es una gran cocinera, muchos de sus platos se pueden probar en la pulpería.

Los Ángeles no tiene más negocios que la pulpería, y al fondo de la calle que lleva a la Cueva del Tigre, el boliche de Núñez, otra posta algo más básica. El Vasco todos los días va a Necochea para atender los pedidos que le hacen sus vecinos. Carne, el diario *Ecos*, o un remedio, naranjas; su servicio es fundamental. Por la tarde, cuando baja el sol, los pocos que se animan al camino y están en Los Ángeles se acercan a tomar un aperitivo y, si se lo piden con anticipación, Gladys prepara alguna comida. La comunión de bienestar que se logra en la galería a esta hora alimenta el alma. Sin luz exterior, a medida que

se va el sol, las estrellas o la luna son las únicas fuentes lumínicas. Todas las novedades y los rumores se crean o se comunican en la pulpería, como fue siempre en el campo. Detrás, las olas tildan todas las voces. Es propio de un lugar solitario que las historias nazcan. El Vasco, que vive todo el año aquí, conoce muchas. Hablará del recuerdo de un danés que apareció por el balneario, tan alto que no entraba por las puertas, y que trabajaba de sol a sol; de su pasado como pupilo en una estancia galesa en Trelew, "Mister Oscar", me decían; en sus primeros días en Los Ángeles y al no tener cómo ganarse la vida, debió cazar liebres para venderlas en Necochea; de la vez que se inundó el pueblo y para salvarlo tuvo que agarrar la pala y hacer un canal para darle al agua un camino alternativo al mar y de esta manera salvar a varias casas de quedar anegadas. Un suceso lo condiciona particularmente. Cierta vez, en una de sus caminatas por la costa, vio el cuerpo de una mujer, flotando en el mar. Llamó a las autoridades y lo llevaron; recuerda que la desdichada no tenía piernas, seguramente por la acción de los peces. "Pasaron unos días, y un atardecer, cuando estaba con un pescador, veo al fantasma de esa mujer que entró por el pasillo de la casa y se fue por la puerta de la pulpería. La vi dos veces". El espectro y su recuerdo siguen impresionando al Vasco, que es un hombre acostumbrado a los golpes de la vida. "Todavía hoy no le encuentro explicación, pero sentí que vino para decirme algo; se ve que no podía irse de Los Ángeles", concluye.

La Cueva del Tigre es una caverna natural que limaron las mareas y produjeron un refugio que fue usado, según cuenta la leyenda, por Tigre, un bandolero rural que escondía sus botines allí y también lo usaba como guarida para escapar de la Ley. Las olas golpean contra playones de piedra y esta incesante acción provoca continuos truenos en la costa. Por aquí suelen pasar el Odisea y el Naru III, dos pequeñas barcas que usan los pescadores para internarse en mar abierto, dejar sus redes y volver al otro día con pescado fresco. Cazón, corvina, salmón, pescadilla y "lo que el mar nos dé". Cuando se ve a alguna de ellas regresar a la bahía, un cosquilleo de esperanza se siente en la piel, en especial el Odisea, que tiene el casco amarillo. Cuando fondea, los peregrinos se acercan para comprar alimento de mar, fresco y nutritivo. La llegada de los pescadores moviliza. Tanto como la del Vasco con los pedidos que trae de Necochea. Así es como se observan algunas personas recorriendo los médanos con canastas y bolsas. Ir a buscar comida, cocinar, ver el mar, tomar un aperitivo en la pulpería para saber cómo está el camino: estas son las sencillas actividades que se hacen en Los Ángeles. Detrás, la caricia de la